

SAN AGUSTÍN



LA ORACIÓN

CARTA A PROBA Y OTROS ESCRITOS

CARTA A PROBA

Agustín, Obispo, servidor de Cristo y de los servidores de Cristo, saluda en el Señor de los señores a Proba, piadosa servidora de Dios.

CAPÍTULO I

1. LA PERSEVERANCIA EN LA ORACIÓN

Recordando que me pediste te escriba algo sobre la oración a Dios, y que yo te lo prometí, ahora que aquel a quien oramos me concede el tiempo y los medios, conviene que salde en seguida mi deuda y atienda a tu piadoso deseo en el amor de Cristo.

No te puedo expresar con palabras cuánta alegría me produjo tu pedido, porque en él reconocí el gran cuidado que pones en un asunto tan importante. ¿Puedes tener en tu viudez una ocupación más importante que perseverar en la oración noche y día, de acuerdo a lo que aconseja el Apóstol? Efectivamente, él dice: *“La viuda verdadera y desolada*, tiene puesta su esperanza en el Señor y persevera en la oración noche y día”* (1).

* En el sentido de desamparada, abandonada, desvalida, frágil o indefensa.

(1) 1 Tim 5, 5

Siendo tú -según este mundo- noble, rica, madre de familia numerosa y viuda, aunque no desolada, podría parecer asombroso que el deseo de orar haya ocupado tu corazón reclamando tu atención principal, si no fuera porque tú sabiamente entiendes que en este mundo y en esta vida nadie pueda estar seguro.

2. LA ENTRADA DE LOS RICOS AL REINO DE LOS CIELOS

El que te infundió este pensamiento hace indudablemente contigo lo que hizo con sus discípulos cuando ellos se entristecieron -no tanto por ellos mismos, cuanto por el género humano- y desesperaban de que alguien pudiera salvarse, después que oyeron decir al Señor que era *"más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos"*. Él les indicó, con una promesa admirable y misericordiosa, que: *"Para Dios es fácil lo que es imposible para los hombres"* (2). Aquel para quien es fácil que un rico entre en el reino de los cielos, te inspiró este piadoso deseo sobre el cual estimaste que debías consultarme: cómo debes orar.

(2) cf. Mt 19, 23-26; Mc 10, 23-27; Lc 18, 24-27

Cuando Jesús estaba todavía aquí, en vida mortal, introdujo al rico Zaqueo (3) en el reino de los cielos y, después de ser glorificado en su resurrección y ascensión, comunicando el Espíritu Santo hizo que muchos ricos despreciaran este mundo y llegaran a ser aun más ricos al poner término a sus ambiciones de riqueza.

¿Cómo te empeñarías tú en orar a Dios, si no esperaras en él? Y cómo esperarías en él, si pusieras tus esperanzas en la inseguridad de las riquezas y despreciaras el saludable precepto del Apóstol que dijo: *“Recomienda a los ricos de este mundo que no sean soberbios por lo que saben y que no pongan su esperanza en la inseguridad de las riquezas, sino en el Dios viviente que nos da todo abundantemente para que lo disfrutemos; que sean ricos en buenas obras, que den con generosidad, que compartan y acumulen un buen capital para el futuro, para alcanzar así la verdadera vida”* (4).

(3) cf. Lc 19, 1-10

(4) 1 Tím 6, 17-19

CAPÍTULO II

3. LOS BIENES VERDADEROS

Por eso, por amor a la vida verdadera, debes considerarte desolada en este mundo, cualquiera sea la felicidad que te rodee. Así como la verdadera vida es aquella en comparación con la cual ésta que tanto se ama no puede llamarse vida, por más alegre y larga que sea; así también el verdadero consuelo es el que nos promete el Señor diciendo por medio del Profeta: *“Les daré el verdadero consuelo, paz sobre paz”* (5). Sin este consuelo, todos los consuelos terrenales resultan ser más una desolación que una consolación.

¿Qué consuelo ofrecen las riquezas, las dignidades más altas y las demás cosas como éstas, con las cuales se consideran felices aquellos mortales que no experimentan la verdadera felicidad? Porque de esas cosas es mejor no tener necesidad que abundar, ya que atormenta más el temor de perder lo que ya se tiene, que el deseo de adquirir lo que todavía no se posee. Con estos bienes, los hombres no se hacen buenos; pero los

(5) Is 57, 18-s (según LXX)

que ya son buenos, usando bien estas cosas hacen que estos bienes sean buenos. Los verdaderos consuelos no están en estas cosas, sino más bien allí donde está la verdadera vida. Es necesario que el hombre llegue a ser feliz con lo mismo que se hace bueno.

4. LA IMPORTANCIA DE LOS AMIGOS

Parece ser que los hombres buenos brindan no pequeños consuelos en esta vida. Porque, si la pobreza atormenta, si el luto entristece, si el dolor corporal molesta, si el destierro acongoja, si alguna otra calamidad angustia, hay hombres buenos que saben no sólo “*alegrarse con los que se alegran*”, sino también “*llorar con los que lloran*” (6), y saben también hablar y conversar dulcemente. Así la mayor parte de las asperezas se suavizan, se alivian las cargas, se superan las adversidades. Pero esto lo hace en ellos y por ellos aquel que con su Espíritu los hace buenos (7). Por el contrario, si abundan las riquezas, no se pierde a ningún ser querido, se tiene salud corporal y se habita seguro en el propio país; pero se convive con hombres malos, entre los cuales no hay nadie en quien se pueda confiar y de quien

(6) Rom 12, 15

(7) cf. Lc 11, 13

no sean temidos y soportados el engaño, el fraude, la venganza, las discordias y las traiciones, ¿acaso todas aquellas cosas no se convierten en amargas y duras, y no se encuentra nada dulce y alegre en ellas?

Por lo tanto en todos los asuntos humanos, nada es amistoso para el hombre, si no se tiene un hombre amigo. Pero, en esta vida, ¿cuándo encontramos a uno del que podamos tener absoluta seguridad de su espíritu y de sus costumbres? Nadie puede conocer a otro como se conoce a sí mismo, y no hay nadie que se conozca tanto a sí mismo que pueda estar seguro de su comportamiento del día de mañana. Por eso, aunque muchos puedan conocerse por sus frutos (8), y algunos alegren a sus prójimos por su buena forma de vivir, y otros los entristezcan al vivir mal, no obstante en razón de aquellos aspectos desconocidos e inciertos del espíritu humano, el Apóstol justamente nos aconseja que *"no juzguemos antes de tiempo a nadie, hasta que venga el Señor e ilumine los secretos de las tinieblas y ponga de manifiesto los pensamientos del corazón; entonces la alabanza para cada uno vendrá de parte de Dios"* (9).

(8) cf. Mt 7, 16. 20

(9) 1 Cor 4, 5

5. LA VERDADERA VIDA

En estas tinieblas de la vida presente en las que *"peregrinamos lejos del Señor"* (10), mientras *"caminamos por la fe y no por la visión"*, el alma cristiana debe considerarse desolada para no dejar de orar y dirigir los ojos de la fe hacia las palabras de las divinas y santas Escrituras, *"como a una lámpara puesta en un lugar oscuro, hasta que amanezca el día y el lucero aparezca en nuestros corazones"* (11). La fuente inexpresable de esta lámpara es aquella *"luz que brilla en las tinieblas"* (12) de tal manera que no es vencida por ellas, y purifica los corazones que la contemplan: *"Felices los puros de corazón, porque ellos verán a Dios"* (13), y: *"Sabemos que cuando aparezca seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es"* (14). Entonces, después de la muerte habrá verdadera vida, verdadero consuelo después de la desolación: aquella vida librára nuestra alma de la muerte, y aquel consuelo librára *"nuestros ojos de las lágrimas"* y, como allí ya no habrá ninguna tentación, el Salmo sigue diciendo: *"Librára*

(10) cf. 2 Cor 5, 6-s

(11) 2 Pe 1, 19

(12) Jn 1, 5

(13) Mt 5, 8

(14) 1 Jn 3, 2

mis pies de la caída". En lo sucesivo si no habrá ninguna tentación, entonces tampoco habrá ninguna oración: no habrá deseo de ningún bien prometido, sino contemplación del bien otorgado. Por eso dice: "*Agradaré al Señor en la tierra de los vivientes*" (15), donde estaremos entonces, y no en el desierto de los muertos donde ahora estamos. El Apóstol dice: "*Ustedes están muertos, y su vida está oculta con Cristo en Dios. Cuando aparezca Cristo, la vida de ustedes, entonces aparecerán también ustedes con él en la gloria*" (16).

Esa es la verdadera vida que se recomienda a los ricos alcanzar con las buenas obras (17), y allí está el verdadero consuelo para ti. Por ese consuelo, la viuda desolada -*aunque tenga hijos y nietos, y se ocupe piadosamente de su casa, tratando que todos los suyos pongan su esperanza en Dios* (18)- dice ahora en la oración: "*Mi alma tiene sed de ti, ¡cuánto te desea mi carne en esta tierra desierta, sin camino y sin agua!*" (19), que es esta vida mortecina, a pesar de los consuelos mortales que reciba, de estar acompañada de muchos peregrinos y de la abundancia de

(15) cf. Sal 116, 8-s

(16) Col 3, 3-s

(17) cf. 1 Tim 6, 17-19

(18) cf. 1 Tim 5, 4-s

(19) Sal 63, 2

bienes que acumule. Tú sabes que todas estas cosas son poco seguras, y aunque no fueran poco seguras, ¿qué podrían ser en comparación con aquella felicidad prometida?

6. DESOLADOS POR NO HABER ALCANZADO LA VIDA VERDADERA

Porque tú, una viuda rica y noble, madre de una familia numerosa, me has pedido que te explique algo sobre la oración, te digo estas cosas, para que aun en medio de los tuyos que permanecen contigo en esta vida y te atienden, te sientas desolada porque todavía no has alcanzado aquella vida en donde está el verdadero y seguro consuelo, donde se cumplirá lo que se ha dicho en la Profecía: *“Por la mañana fuimos saciados de tu misericordia; nos hemos regocijado y exultado todos nuestros días. Hemos exultado por aquellos días en que nos humillaste, por los años en que vimos males”* (20).

(20) Sal 90, 14-s

7. LAS VERDADERAS RIQUEZAS

Por tanto, antes que llegue este consuelo, aunque por todas partes te rodee la felicidad de los bienes temporales, acuérdate que estás desolada para que perseveres *noche y día en la oración*. El Apóstol no encargó este oficio a cualquier viuda, sino que dijo: *“La viuda verdadera y desolada, tiene puesta su esperanza en el Señor y persevera en la oración noche y día”* (21). Por tanto, presta ahora mucha atención a lo que sigue: *“Pero la que se ocupa de los placeres, aun viviendo está muerta”* (22). El hombre vive en todo lo que ama, en lo que anhela como cosa importante, en aquellas realidades con las que se cree feliz. Por eso, lo que dice la Escritura sobre las riquezas: *“Si se multiplican las riquezas, no pongan en ellas el corazón”* (23); eso también te lo digo a ti aplicándolo a los placeres: Si se multiplican los placeres, no pongas en ellos tu corazón. No te sobrestimes porque ellos no te faltan, porque te inundan abundantemente, porque brotan como de la inmensa fuente de la felicidad terrenal.

(21) 1 Tim 5, 5

(22) 1 Tim 5, 6

(23) Sal 62, 11

Todas estas cosas tienes que despreciarlas y rechazarlas totalmente dentro de ti, y no debes buscar nada en ellas salvo la íntegra salud del cuerpo. Porque a ésta no se la debe relegar a causa de las obligaciones que impone la vida antes de que *“lo mortal se revista de inmortalidad”* (24), es decir, de la verdadera, perfecta y perpetua salud que no se debilita con una enfermedad terrena, ni se repara con un placer corruptible, sino que se mantiene con la firmeza de lo celestial y vive en la eterna incorruptibilidad.

El mismo Apóstol dice: *“No cuiden de la carne para satisfacer la concupiscencia”* (25), porque debemos cuidar nuestra carne, pero por las necesidades de la salud. Él también dice: *“Nadie menosprecia a su propia carne”* (26). Y por esa razón le aconseja a Timoteo, que según parece castigaba demasiado a su cuerpo, que tome *“un poco de vino por su estómago y por sus frecuentes enfermedades”* (27).

8. NO APEGAR EL CORAZÓN A LOS PLACERES

Si una viuda vive en esos placeres, esto es, si por el deleite del corazón se apega y vive en

(24) 1 Cor 15, 54

(25) Rom 13, 14

(26) Ef 5, 29

(27) 1 Tim 5, 23

ellos, entonces aun viviendo está muerta. Por eso muchos santos y santas los evitaron en todas las formas, asegurándose de distribuir a los pobres las riquezas que son como las madres de los placeres. De esta manera las guardaron con mayor seguridad en los tesoros del cielo. Si tú no haces lo mismo porque te encuentras atada por una obligación de familia, sabes qué cuentas tendrás que dar de esto a Dios.

“Nadie sabe lo que sucede en el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él” (28). “Nosotros no debemos juzgar a nadie antes de tiempo hasta que venga el Señor, que iluminará lo que está oculto en las tinieblas y pondrá de manifiesto los pensamientos del corazón. Entonces cada uno tendrá su alabanza de parte de Dios” (29). Sin embargo, si se multiplican los placeres, corresponde a tu ocupación de viuda no apegar el corazón, para que no vaya a morir en la podredumbre lo que tiene que estar y vivir en las alturas. Considérate incluida en el número de aquellos de quienes está escrito: “Sus corazones viven por los siglos de los siglos” (30).

(28) 1 Cor 2, 11

(29) 1 Cor 4, 5

(30) Sal 22, 27

CAPÍTULO IV

9. LO QUE SE DEBE PEDIR

Ya has oído cómo debes ser tú para orar; escucha ahora qué es lo que debes pedir en la oración, ya que esencialmente por esto has estimado que debías consultarme, porque te impresiona lo que dice el Apóstol: "*No sabemos orar como se debe*" (31), y temes que te perjudique más el orar como no se debe, que el no orar.

Y esto se puede decir brevemente: Pide la vida feliz. Todos los hombres quieren poseerla, también los que viven pésimamente y como perdidos. Ellos no vivirían de esta forma si no creyeran que así pueden ser o pueden llegar a ser felices. Entonces, ¿qué otra cosa se debe pedir; sino aquello que desean los malos y los buenos, pero a lo que solamente llegan los buenos?

(31) Rom 8, 26

CAPÍTULO V

10. ¿QUÉ ES LA VIDA FELIZ?

Puede ser que me preguntes qué es la vida feliz. En este asunto se han gastado los ingenios y las horas de estudio de muchos filósofos que tanto menos la pudieron descubrir, cuanto menos honraron y dieron gracias a la Fuente de esa vida.

Ante todo considera si se debe estar de acuerdo con aquellos que dicen que es feliz aquel que vive según su propia voluntad. De ninguna manera creamos que esto es verdad; porque, ¿qué diremos si alguien quiere vivir viciosamente? ¿No demostrará plenamente que es tanto más miserable, cuanto con mayor facilidad se cumple su voluntad? Con toda razón han rechazado esta opinión también aquellos que han hecho filosofía sin adorar a Dios. Efectivamente, uno de ellos (Cicerón), hombre muy elocuente, dijo: *“Hay algunos que no son filósofos, pero que siempre están dispuestos a discutir, que afirman que son felices todos los que viven como quieren.*

Esto es falso, porque querer lo que no conviene es lo más miserable que hay, y no alcanzar lo que quieres no es tan triste como querer conseguir lo que no conviene" (32). ¿Qué te parecen estas palabras? ¿No han sido dichas por la misma Verdad a través de un hombre cualquiera? Podemos decir aquí lo que el Apóstol dice de cierto profeta cretense cuando encuentra una sentencia suya que le agrada: "*Este testimonio es verdadero*" (33).

11. LA FELICIDAD NO ES SÓLO TENER TODO LO NO INCONVENIENTE

Por tanto, es feliz aquel que tiene todo lo que desea, y no desea nada que no convenga. Si esto es así, fíjate ahora qué cosas no inconvenientes quieren los hombres. Uno quiere casarse, otro que ha enviudado elige vivir en la continencia, otro renuncia a toda unión carnal incluso dentro del matrimonio. Si entre éstos hay uno mejor que otro, no podemos decir que alguno quiere algo que no conviene, así como desear tener hijos, que son el fruto del matrimonio, y la vida y la salud para aquellos que ya han sido engendrados. Deseo que generalmente también

(32) CICERON, Hortensius,
(Fil. fr. 5, 39M; 60R).

(33) Tit 1, 13

tienen las viudas que viven en continencia, porque si bien ya no ansían el matrimonio, y no quieren tener más hijos, sin embargo desean que vivan seguros los que ya han tenido.

De todos estos cuidados está libre la integridad virginal, pero tienen seres queridos para quienes desean, no inconvenientemente, también la salud temporal. Pero, ¿podemos decir que los hombres ya son felices, cuando han alcanzado esta salud para ellos mismos y para las personas que aman?

Efectivamente, tienen algo que no es inconveniente desear; pero mientras no tengan otras cosas mayores, mejores y más colmadas de utilidad y de honor, todavía están muy lejos de la vida feliz.

CAPÍTULO VI

12. ¿SE PUEDEN PEDIR HONORES Y PODER?

¿Te parece bien que, además de esta salud temporal, pidan para sí y para los suyos honores y poder? Ciertamente, si por medio de esto atienden a los que están bajo su cuidado, es conveniente quererlos no por sí mismos, sino por el bien que de ellos se sigue. En cambio no sería conveniente quererlos por la frívola ostentación del lujo, por la pompa superflua o también por una culpable vanidad. En consecuencia, pueden desear para sí mismos y para los suyos la cantidad suficiente de bienes necesarios para la vida, de los que habla el Apóstol: *“Es una gran ganancia la piedad acompañada de los bienes suficientes para la vida. No hemos traído nada al mundo, y nada podemos llevarnos de aquí. Estemos contentos si tenemos comida y ropa, porque los que quieren llegar a ricos caen en la tentación, en la trampa y muchos deseos necios y perniciosos que hunden a los hombres en la ruina y la perdición. La raíz de todos los males es la avaricia, y algunos que la practicaron se desviaron*

de la fe y cayeron en grandes dolores” (34). Por tanto, quien quiere tener lo suficiente, sin querer nada más que esto, no está queriendo algo inconveniente. De no ser así, no quiere lo suficiente y por tanto no lo quiere convenientemente. Esto es lo que deseaba, y por esto oraba el que decía: “No me des riqueza ni pobreza; concédeme que tenga lo suficiente de lo que es necesario, no sea que una vez saciado me vuelva mentiroso y diga: ‘¿Quién me ve?’. O, si caigo en la pobreza, robe y profane el nombre de mi Dios” (35).

Sin duda ves que esta cantidad suficiente de bienes no se desea por sí misma, sino por la salud del cuerpo y por la conveniente compostura de la persona humana, que se requieren para tratar con aquellos con quienes se debe vivir con honestidad y educación.

13. BIENES QUE SE DESEAN POR SÍ MISMOS

Por consiguiente, entre todas estas cosas, la integridad del hombre y la amistad se desean por sí mismas; mientras que la cantidad suficiente de bienes necesarios no se desca por sí

(34) 1 Tim 6, 6-10

(35) Prov 30, 8-s

misma -cuando se desea convenientemente-, sino por las dos cosas mencionadas más arriba. La integridad está constituida por la misma vida y por la salud, así como por la pureza del espíritu y del cuerpo. Y asimismo, la amistad no debe entenderse dentro de unos márgenes estrechos, porque abraza a todos aquellos a quienes se debe amor y afecto, y aunque se incline más fácilmente a unos y menos a otros, llega incluso hasta los enemigos, por los que también se nos manda orar. De este modo en el género humano no hay nadie a quien no se le deba afecto, si no es por mutua correspondencia en el amor, lo es por la asociación en la naturaleza común.

Pero, nos producen un deleite grande y justo aquellos que retribuyen nuestro amor amándonos santa y limpiamente. Debemos orar para conservar estas cosas si es que las tenemos, o para conseguirlas si es que todavía no las hemos alcanzado.

CAPÍTULO VII

14. EL AMOR DE DIOS, DE UNO MISMO Y DEL PRÓJIMO

Pero, ¿esto es todo, y éstas son todas las cosas, con las cuales se constituye la totalidad de la vida feliz? ¿No nos enseña la verdad que hay alguna otra cosa que se debe preferir a todos estos bienes? Efectivamente, aquella suficiencia de bienes y la misma integridad, tanto la propia como la de los amigos, siendo cosas temporales, deben ser dejadas de lado cuando se trata de alcanzar la vida eterna.

Aunque puede ser que esté sano el cuerpo, no se puede considerar que esté sano el espíritu que no antepone los bienes eternos a los temporales. Y en verdad, no se vive útilmente en el tiempo si no es para adquirir méritos con los cuales se pueda vivir en la eternidad. Por tanto, sin ninguna duda todas las demás cosas que se desean útil y convenientemente deben ser referidas a aquella única vida que se vive con Dios y de Dios.

Porque si amamos a Dios, en él nos amamos a nosotros mismos. Y -según el otro precepto- amamos verdaderamente a nuestros prójimos como a nosotros mismos si -en la medida de nuestras posibilidades- los conducimos a un similar amor a Dios. A Dios lo amamos por sí mismo, y a nosotros y a nuestros prójimos por amor a él. Pero aunque vivamos así, no pensemos que ya estamos establecidos en la vida feliz, como si no quedara nada más por lo cual orar. ¿Cómo puede ser feliz nuestra vida, cuando todavía falta aquello que es lo único por lo cual vivimos bien?

CAPÍTULO VIII

15. ES PRECISO ORAR SIEMPRE, SIN DESFALLECER

¿Por qué nos dispersamos en muchas cosas y preguntamos qué debemos pedir en la oración, temiendo que no lo hagamos como con-

viene, en vez de decir con el Salmo: *"Una sola cosa he pedido al Señor, ésta buscaré: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar el deleite de Dios y visitar su templo"*? (36). Allí los días no se completan llegando y pasando, ni el comienzo de uno es el fin de otro; todos son simultáneos y sin fin, donde tampoco tiene fin la vida misma a la que pertenecen todos estos días. Para alcanzar esta vida feliz, la misma Vida verdadera nos enseñó a orar, pero no con muchas palabras, como si fuéramos a ser escuchados porque hablamos más. Como lo dijo el mismo Señor, oramos a aquel que ya sabe lo que necesitamos antes de que se lo pidamos (37).

Puede parecer asombroso que, aunque nos haya prohibido hablar mucho, aquel que ya conoce lo que necesitamos antes de que se lo pidamos nos haya exhortado a orar diciendo: *"Es preciso orar siempre, sin desfallecer"* (38). Y propuso el ejemplo de una viuda que, deseando que se le haga justicia con su adversario, pidió constantemente y obligó a escuchar a un juez inicuo, que no fue movido por la justicia o por la misericordia, sino que fue superado por el cansancio.

(36) Sal 27, 4

(37) cf. Mt 6, 7-s

(38) Lc 18, 1

Y con eso nos indicó con cuánta más seguridad nos escucha el Señor, Dios justo y misericordioso, a los que oramos sin cesar, si aquella viuda no pudo ser rechazada ni siquiera por un juez inicuo e impío cuando venía asiduamente a interpelarlo. Y también nos enseña con cuánta benevolencia y buena disposición se mostrará dispuesto a cumplir los buenos deseos de aquellos que perdonan los pecados ajenos, si aquella viuda que quería venganza alcanzó lo que deseaba.

También aquel a quien le llegó un amigo de viaje y no tenía nada que servirle, deseando que otro amigo le preste tres panes -en los cuales tal vez está simbolizada la Trinidad en una sola sustancia-, pidiendo con insistencia y molestias despertó al que ya estaba durmiendo igual que sus sirvientes para que le diera cuanto pedía, y éste lo hizo más para librarse del fastidio que pensando en la benevolencia (39). De aquí debemos entender que si aquel que duerme es obligado a dar cuando es despertado contra su voluntad por alguno que viene a pedir, con cuánta mayor benignidad nos dará aquel que no duerme y nos despierta a los dormidos para que pidamos.

16. EL SEÑOR NOS IMPULSA A PEDIR, BUSCAR Y LLAMAR

Por eso se dice: "Pidan y recibirán, busquen y encontrarán, llamen y se les abrirá. Porque todo el que pide recibe, y el que busca encuentra, y a quien llama le abrirán. ¿Qué hombre hay entre ustedes que si su hijo le pide un pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pez, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión? Si ustedes, siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre de ustedes que está en el cielo dará cosas buenas a los que le piden!" (40).

De aquellas tres virtudes que recomienda el Apóstol (41), la fe está simbolizada en el pez, sea por el agua del bautismo, o porque se mantiene íntegra entre las olas de este mundo; lo contrario (al pez) es la serpiente, porque con venenosa mentira persuadió para que no se le creyera a Dios. La esperanza está simbolizada en el huevo, porque la vida del pollo todavía no es, sino que será; todavía no se la ve, sino que se la espera: "La esperanza que se ve, no es esperanza" (42); lo

(40) Lc 11, 9-13

(41) cf. 1 Cor 13, 13

(42) Rom 8, 24

contrario (al huevo) es el escorpión, porque el que espera la vida eterna se olvida de lo que queda atrás y se lanza hacia lo que se le presenta delante y para él es perjudicial mirar hacia atrás (43), y justamente es de la parte de atrás del escorpión de la que hay que cuidarse, porque allí tiene el veneno y el aguijón. La caridad está simbolizada en el pan: "*la mayor de las virtudes es la caridad*" (44), y el pan supera a los demás alimentos por su utilidad. Lo contrario (al pan) es la piedra, porque los corazones duros rechazan la caridad.

Si bien estos símbolos pueden indicar más apropiadamente otras cosas, aquel que *sabe dar cosas buenas a sus hijos* nos impulsa a pedir, buscar y llamar.

17. EN LA ORACIÓN EJERCITAMOS NUESTRO DESEO, PARA QUE PODAMOS RECIBIR LO QUE DIOS SE DISPONE A DARNOS

Podemos preguntarnos por qué nos impulsa a pedir si él "*ya conoce lo que necesitamos, antes de que se lo pidamos*" (45), si no entendemos que nuestro Dios y Señor no tiene interés en

(43) cf. Flp 3, 13

(44) 1 Cor. 13, 13

(45) cf. Mt 6, 8

conocer nuestra voluntad, que por otra parte no puede ignorar, sino que quiere ejercitar nuestro deseo en la oración, para que podamos recibir lo que se dispone a darnos. Esto es algo muy grande, mientras que nosotros somos pequeños y estrechos para recibirlo. Por eso se nos dice: *"Dilátense, para no cargar el yugo con los infieles"* (46). Tendremos mayor capacidad para recibir aquello que es tan grande que *ni ojo vio*, porque no es color, *ni oído oyó*, porque no es sonido, *ni ascendió al corazón del hombre*, porque es el corazón del hombre el que debe ascender a él si lo creemos fielmente, lo esperamos firmemente y lo deseamos ardientemente (47).

CAPÍTULO IX

18. LA ORACIÓN VOCAL

Por tanto en la misma fe, esperanza y caridad, oramos siempre con un deseo ininterrumpido. Pero a determinados intervalos de horas y tiempos rogamos a Dios también con palabras.

(46) 2 Cor. 6, 13-s

(47) cf. 1 Cor. 2, 9

de modo que con estos signos de las cosas nos estimulemos a nosotros mismos, conozcamos cuántos progresos hicimos en este deseo, y nos incitemos con mayor entusiasmo a acrecentarlos. Porque será más digno el efecto que seguirá, si lo ha precedido un afecto más ferviente. Y por eso cuando el Apóstol dice: "*Oren sin interrupción*" (48), ¿qué otra cosa quiere decir sino: "Deseen sin interrupción la vida feliz", que no es otra que la vida eterna, y que les vendrá del único que la puede dar? Por consiguiente, debemos siempre desearla de Dios y orar siempre.

Es por eso que a determinadas horas del día apartamos la mente de las otras ocupaciones y negocios que de algún modo entibian ese deseo, para reanudar el negocio de la oración, estimulándonos a nosotros mismos con las palabras de las oraciones para que tendamos a lo que deseamos. Así lo que comenzó a entibiarse no se enfriará totalmente, ni se extinguirá por completo, sino que más bien se inflamará con mayor ardor.

Por eso, aquello que dice el Apóstol: "*Que las peticiones de ustedes sean conocidas en la*

presencia de Dios" (49), no se debe entender como si tuvieran que ser conocidas por Dios, que ciertamente ya las conocía antes de que fueran dichas, sino que tienen que ser conocidas por nosotros en la presencia de Dios por la perseverancia, y no por la jactancia en presencia de los hombres. O también que sean conocidas por los ángeles que están en la presencia de Dios, y que de algún modo las ofrecen a Dios. Ellos consultan a Dios sobre estas oraciones, y una vez que conocen qué es lo que se debe hacer según la voluntad de Dios, nos lo alcanzan de manera manifiesta u oculta según sea conveniente. En efecto, un ángel dijo a un hombre: *"Cuando tú orabas junto con Sara, yo presenté la oración de ustedes en la presencia del resplandor de Dios"* (50).

CAPÍTULO X

19. EL TIEMPO DEDICADO A LA ORACIÓN

Siendo esto así, no es excesivo ni inútil dedicar largo tiempo a la oración cuando no lo impide la atención de otras ocupaciones buenas

(49) Fil 4, 6

(50) Tob 12, 12

y necesarias; aunque, como ya he dicho, se debe orar siempre con aquel deseo. Pero no se debe pensar, como hacen algunos, que orar largamente es lo mismo que orar con muchas palabras (51). Una cosa son las muchas palabras, y otra es el afecto constante.

Del mismo Señor está escrito que pasaba la noche en oración (52), y que oraba insistentemente (53). ¿Qué otra cosa hacía sino darnos ejemplo en el tiempo, como intercesor oportuno, el que con el Padre es oyente eterno?

20. LA ORACIÓN Y LAS PALABRAS

Se dice que los hermanos de Egipto hacen oraciones frecuentes, pero muy breves y de manera precipitada, como si fueran arrojadas, para que la tensión atenta y vigilante, tan necesaria para el que ora, no se pierda o se debilite a causa de una excesiva prolongación. Con esto nos enseñan suficientemente bien que así como no se debe forzar esta tensión si no se puede prolongar, tampoco se debe interrumpir si se puede prolongar. Que no haya muchas palabras en la oración,

(51) cf. Mt 6, 7-s

(52) cf. Lc 6, 12

(53) cf. Lc 22, 41

pero que no falte la súplica prolongada si se mantiene el fervor de la tensión. Hablar mucho en la oración es tratar algo necesario con palabras superfluas. Pero suplicar mucho es llamar con una prolongada y piadosa excitación del corazón a aquel a quien rogamos. Comúnmente, este negocio se trata más con gemidos que con discursos, más con llanto que con palabras. Tiene todas nuestras lágrimas en su presencia y nuestros gemidos no se le ocultan, al que creó todas las cosas por medio de su Palabra y no reclama palabras humanas.

CAPITULO XI

21. LA ORACIÓN DEL SEÑOR O PADRENUESTRO

Para nosotros, por tanto, son necesarias las palabras para que nos hagan recordar y miremos atentamente qué es lo que pedimos; pero no vayamos a creer que con ellas le vamos a enseñar algo al Señor o lo vamos a forzar.

Cuando decimos: "*Santificado sea tu nombre*" (54), nos estimulamos a nosotros mismos a desear que su nombre, que es siempre santo, también sea tenido por santo por los hombres, esto es que no sea despreciado. Y esto es provechoso para los hombres, no para Dios.

Cuando decimos: "*Venga tu reino*" (55), el que ciertamente vendrá, tanto si lo queremos como si no lo queremos, estimulamos nuestro deseo para que este reino llegue a nosotros y merezcamos reinar en él.

Cuando decimos: "*Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*" (56), pedimos que nos conceda una obediencia tal que hagamos su voluntad así como la hacen sus ángeles en el cielo.

Cuando decimos: "*Danos hoy nuestro pan de cada día*" (57), con la palabra "*hoy*" se significa el tiempo presente en el que pedimos tener lo suficiente, indicándolo por lo más excelente, esto es por el pan; o también el sacramento de los fieles que es necesario en este tiempo para conseguir la felicidad, no tanto la de este tiempo como la eterna.

(54) Mt 6, 9

(55) Mt 6, 10

(56) Mt 6, 10

(57) Mt 6, 11

CAPITULO XII

22. EN EL PADRENUESTRO ESTÁ TODO LO QUE DEBEMOS PEDIR EN LA ORACIÓN

En realidad cualquier otra palabra que digamos, tanto las que formula el afecto del que ora al principio, para manifestarse, como las que siguen durante la tensión para que ésta crezca, si oramos recta y convenientemente, no dicen otra cosa que lo que expresan las palabras de la oración del Señor (o Padrenuestro).

Pero cualquiera que dice algo que no pertenece a esta plegaria evangélica, aunque no ore ilícitamente, ora carnalmente. Aunque no sé cómo puede decirse que no es ilícito, siendo que los que han nacido de nuevo por el Espíritu (61) no pueden orar sino espiritualmente.

Si, por ejemplo, alguien dice: *"Manifiéstate entre todas las naciones, así como te has manifestado entre nosotros"* (62) y *"Que tus profetas sean hallados fieles"* (63), ¿qué está diciendo sino: *"Santificado sea tu nombre"* (64)?

(61) cf. Jn. 3, 5

(62) Ecli 36, 3

(63) Ecli 36, 15

(64) Mt 6, 9

Si alguien dice: *“Dios de las virtudes, conviértenos, muéstranos tu rostro y seremos salvados”* (65), ¿qué otra cosa dice sino: *“Venga tu reino”* (66)?

El que dice: *“Dirige mis pasos según tu palabra, para que ninguna maldad me domine”* (67), ¿qué otra cosa dice sino: *“Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”* (68)?

El que dice: *“No me des pobreza, ni riqueza”* (69), ¿qué otra cosa dice sino: *“Danos hoy nuestro pan de cada día”* (70)?

El que dice: *“Acuérdate, Señor, de David y de toda su mansedumbre”* (71) o *“Señor, si he hecho esto, si hay iniquidad en mis manos, si a los que me hicieron mal se lo he devuelto”* (72), ¿qué otra cosa dice sino: *“Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”* (73)?

(65) Sal 80, 4

(66) Mt 6, 10

(67) Sal 119, 133

(68) Mt 6, 10

(69) Prov 30, 8

(70) Mt 6, 11

(71) Sal 132, 1

(72) Sal 7, 4-s

(73) Mt 6, 12

El que dice: *“Quítame la concupiscencia del vientre y que la lujuria no me domine”* (74), ¿qué otra cosa dice sino: *“No nos dejes caer en la tentación”* (75)?

El que dice: *“Defiéndeme de mis enemigos, Dios, y librame de los que se levantan contra mí”* (76), ¿que otra cosa dice sino: *“Líbranos del mal”* (77)?

Y si vas andando por todas las palabras de las santas plegarias, considero que no encontrarás nada que no esté contenido o incluido en esta oración del Señor. Por eso, al orar hay libertad de usar otras palabras, pero para decir lo mismo; no hay libertad para decir otras cosas.

23. LO QUE NO SE DEBE PEDIR

Estas son las cosas que sin duda se deben pedir para nosotros mismos, para nuestros seres queridos, para los demás y también para los mismos enemigos. Aunque uno pide para éste y otro para aquel, según sea la cercanía o la lejanía del vínculo, y el afecto recién esté brotando o ya sea ardiente en el corazón del que pide.

(74) Ecli 23, 6

(75) Mt 6, 13

(76) Sal 59, 2

(77) Mt 6, 13

Si por ejemplo, alguien dice en la oración: "Señor, multiplica mis riquezas", o: "Dame tantas como le diste a ese o a aquel", o: "Aumenta mis honores, haz que en este mundo sea poderoso y famoso", o cualquier otra cosa como estas, y dice estas cosas por la concupiscencia que siente por ellas, sin atender a que sean provechosas para los hombres según la voluntad de Dios, pienso que no encontrará en la oración del Señor nada que se pueda acomodar a estos deseos.

Que por lo menos sienta vergüenza de pedir lo que no se avergüenza de desear. Y si se avergüenza, pero la concupiscencia lo vence, con mucha más razón pida ser librado de este mal de la concupiscencia diciéndole al Señor: "*Líbranos del mal*" (78).

CAPÍTULO XIII

24. PRÁCTICAS QUE AYUDAN A LA ORACIÓN

Considero que aquí tienes no solamente cómo debes ser tú para orar, sino también qué cosas tienes que pedir al orar. Y no soy yo el que te lo enseña, sino aquel que se dignó enseñarnos a todos nosotros.

Se debe buscar la vida feliz, y hay que pedírsela a Dios. Muchos han discutido ya bastante sobre lo que es ser feliz. Pero, ¿acudiremos nosotros a tantos autores y a tantas discusiones? En la Escritura de Dios se dice brevemente y con verdad que es "*feliz el pueblo cuyo Dios es el Señor*" (79). Para que permanezcamos en este pueblo, y podamos llegar a contemplar a Dios y a vivir para siempre con él, "*el fin del precepto es la caridad de un corazón puro, la buena conciencia, y la fe no fingida*" (80). En estas tres cosas, en lugar de la esperanza está colocada la buena conciencia. Por lo tanto, la fe, la esperanza y la caridad conducen a Dios al que ora, al que cree, al que espera, al que desea, al que considera en la oración del Señor lo que debe pedir.

Mucho ayudan a la oración los ayunos, la mortificación de la concupiscencia carnal y de otros placeres que se hace sin daño de la salud, y sobre todo la limosna, de modo que podamos decir: "*En el día de mi tribulación busqué al Señor, con mis manos durante la noche en su presencia, y no fui defraudado*" (81). ¿Cómo se puede buscar con las manos al Dios incorpóreo e impalpable si no es buscándolo con las obras?

(79) Sal 144, 15

(80) 1 Tim 1, 5

(81) Sal 77, 3

CAPÍTULO XIV

25. LA ORACIÓN DE SAN PABLO EN LA TRIBULACIÓN

Tal vez todavía quieras saber por qué el Apóstol dijo: *“No sabemos orar como se debe”* (82).

No podemos creer de ningún modo que él mismo o aquellos a quienes decía estas cosas ignoraban la oración del Señor. Ya que no pudo decirlo temerariamente o mintiendo, entonces, ¿por qué pensamos que él dijo esto, sino porque muchas veces las molestias y las tribulaciones de esta vida son provechosas, o bien para curarnos del tumor de la soberbia, o bien para probar y ejercitar la paciencia que tiene mayor y mejor premio cuando está probada y ejercitada, o bien para castigar y quitar cualquier pecado? Sin embargo, como nosotros no sabemos para qué aprovechan, deseamos ser liberados de cualquier tribulación.

De esta ignorancia, el Apóstol muestra que ni él mismo está eximido, aunque quizá sabía

(82) Rom 8, 26

orar como se debe. Para que no se enorgulleciera por la grandeza de sus revelaciones, se le dio un aguijón de la carne, un ángel de Satanás, para que lo abofeteara (83) y por eso rogó por tres veces al Señor para que se lo quitara, pero ignorando qué pedir en la oración como se debe. Finalmente oyó la respuesta de Dios indicándole por qué no se realizaba lo que este hombre tanto pedía en la oración y por qué no era conveniente que se realizara: *“Te basta mi gracia, porque la fuerza se perfecciona en la debilidad”* (84).

26. A VECES ES CONVENIENTE NO RECIBIR LO QUE SE PIDE EN LA ORACIÓN

Por lo tanto, en estas tribulaciones -que pueden ser provechosas o perjudiciales-, *“no sabemos orar como se debe”* (85); y sin embargo, con una voluntad similar a la de todos los hombres, rogamos que nos sean quitadas porque son duras, molestas y contrarias a nuestra débil naturaleza.

Pero tenemos el deber de dar a Dios nuestro Señor esta ofrenda: cuando no las quita, no

(83) cf. 2 Cor 12, 7

(84) 2 Cor 12, 9

(85) Rom 8, 26

debemos considerar que hemos sido abandonados, sino más bien, soportando pacientemente los males, esperar bienes mucho mayores. Así es como *"la fuerza se perfecciona en la debilidad"* (86).

A algunos impacientes Dios les concedió irritado, lo que propicio le negó al Apóstol. Leemos, por ejemplo, qué cosa pidieron, cómo rogaron y qué recibieron los israelitas; pero una vez que estuvo satisfecha su concupiscencia, su impaciencia fue gravemente castigada (87). Como está escrito, les dio el rey que pidieron según el corazón de ellos y no según el corazón de Dios (88). También al diablo le concedió lo que pidió para que fuera tentado el siervo que debía ser puesto a prueba (89). Escuchó a los espíritus inmundos cuando le rogaron que la legión de demonios fuera enviada a la piara de cerdos (90).

Estas cosas fueron escritas para que ninguno se sobrestime si es escuchado cuando está pidiendo impacientemente algo que le sería más provechoso no conseguir, y para que nadie decaiga y desespere de la misericordia divina hacia él, cuando no sea escuchado al pedir algo

(86) 2 Cor 12, 9

(87) cf. Núm 11, 1-34

(88) cf. 1 Sam 8, 5-ss

(89) cf. Job 1, 6-12; 2, 1-6

(90) cf. Mt 8, 30-32

que tal vez si lo recibiera lo afligiría atrozmente, o lo destruiría totalmente, corrompido por la prosperidad. En estas cosas *"no sabemos orar como se debe"* (91).

Si sucede algo contrario a lo que hemos pedido en la oración, debemos soportarlo pacientemente y dar gracias a Dios, sin dudar en ningún momento que al hacerse la voluntad de Dios, y no la nuestra, ha sucedido lo que realmente convenía. Efectivamente nos ha dado el ejemplo aquel Mediador que habiendo dicho: *"Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz"* (92), inmediatamente transformó la voluntad humana que tenía por haber asumido nuestra naturaleza, agregando: *"Pero, que no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieras, Padre"* (93). Por lo que con razón, *"por la obediencia de uno solo, muchos fueron constituidos justos"* (94).

27. PEDIR UNA SOLA COSA

Quien *pide una sola cosa al Señor, y eso busca* (95), pide con certidumbre y con seguridad y no teme que, orando como se debe, pueda ser perjudicial recibir aquello sin lo cual ninguna otra cosa que reciba le resultará provechosa.

(91) Rom 8, 26

(92) Mt 26, 39 a

(93) Mt 26, 39 b

(94) Rom 5, 19

(95) cf. Sal 27, 4

Justamente esta es, al mismo tiempo, la única y verdadera vida feliz, porque es contemplar el deleite del Señor para siempre, inmortales e incorruptibles en el cuerpo y en el espíritu. En vista de este único bien se buscan todos los demás, y no se los pide inconvenientemente. Quien tiene esto, tiene todo lo que quiere y no querrá tener nada que no convenga. Allí está la *f fuente de la vida* (96), de la que debemos tener sed ahora, en la oración, mientras vivimos en la esperanza y esperamos lo que no vemos todavía (97), protegidos por las alas de aquel ante quien está todo nuestro deseo de embriagarnos en la abundancia de su casa, y de beber del torrente de sus delicias, porque *junto a él está la fuente de la vida, y en su luz veremos la luz* (98), cuando nuestro deseo se saciará de bienes, y ya no habrá nada que busquemos gimiendo, sino que estará solamente lo que poseeremos con gozo.

Pero en verdad, como esta es "*la paz que supera toda inteligencia*" (99), también cuando la pedimos en la oración, "*no sabemos orar como se debe*" (100). Cualquier cosa que se nos ocurre cuando pensamos sobre esto -por el hecho de que no podemos pensar cómo es y lo ignoramos- la

(96) Sal 36, 10

(97) cf. Rom 8, 25

(98) cf. Sal 36, 8-10

(99) Fil 4, 7

(100) Rom 8, 26

rechazamos, la desechamos, la desaprobamos, porque sabemos que eso no es lo que buscamos, aunque todavía no sabemos cómo es.

CAPÍTULO XV

28. EL ESPÍRITU SANTO INTERCEDE POR NOSOTROS

Por lo tanto hay en nosotros una, por decirlo de algún modo, “sabia ignorancia”. Pero sabia por el Espíritu de Dios que viene en ayuda de nuestra debilidad. Porque, habiendo dicho el Apóstol: “*Si esperamos lo que no vemos, lo esperamos por la paciencia*”, luego agrega: “*Igualmente el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, porque no sabemos orar como se debe. Pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables. Aquel que penetra los corazones conoce lo que sabe el Espíritu, porque intercede en favor de los santos según Dios*” (101). Esto no debemos entenderlo como si creyéramos que el Santo Espíritu de Dios, que es Dios inmutable en la Trinidad y un solo Dios con el Padre y el Hijo, intercediera en favor de los santos como si fuera

alguien distinto de Dios. Se dice "*Intercede por los santos*" porque hace interceder a los santos, así como se dice: "*El Señor, el Dios de ustedes, los tienta para saber si lo aman*" (102), esto es, hace que ustedes conozcan si lo aman.

El Espíritu Santo hace interceder a los santos con gemidos inefables, inspirándoles el deseo de una cosa tan grande y todavía desconocida que esperamos por la paciencia. Cuando se ignora lo que se desea, ¿cómo podrá expresarse? En realidad, si se ignorara totalmente, no se desearía; y además, si se viera, no se desearía ni se buscaría con gemidos.

CAPÍTULO XVI

29. EL DEBER DE LA ORACIÓN

Considerando todas estas cosas, y cualquier otra que el Señor te sugiera -que a mí no se me ocurrió o que sería muy largo para que yo diga-, lucha para vencer a este mundo con la oración. Ora con esperanza, ora con fe y amor, ora con insistencia y paciencia, ora como una viuda de Cristo.

(102) Deut 13, 4

Aunque, efectivamente, como Cristo nos ha enseñado, la oración pertenezca a todos sus miembros, esto es, a todos los que creen en él y se unen en su cuerpo, sin embargo en sus Escrituras se encuentra indicado especialmente a las viudas que se ocupen con mayor diligencia de la oración. Con el mayor honor se nombran dos mujeres llamadas Ana, una era casada y dio a luz al santo Samuel (103), y la otra era una viuda que conoció al Santo de los santos cuando todavía era niño (104). La casada oró con dolor en el espíritu y aflicción en el corazón porque no tenía hijos y entonces consiguió a Samuel, y una vez que lo consiguió lo entregó a Dios porque lo había prometido al pedirlo (105). Pero no se ve con facilidad cómo está relacionada su oración con la oración del Señor, a no ser cuando se dice: "*Libranos del mal*" (106): ya que no parecía ser un mal pequeño el que estando casada no tuviera el fruto del matrimonio, ya que solamente la procreación de los hijos justifica las nupcias.

Examina ahora lo que está escrito de la otra Ana, la viuda: "*No se apartaba del templo, sirviendo (a Dios) con ayunos y oraciones noche y día*" (107). No es diferente de lo que ya he recorda-

(103) cf. 1 Sam 1, 2

(104) cf. Lc 2, 36

(105) cf. 1 Sam 1, 11

(106) Mt 6, 13

do que fue dicho por el Apóstol: *"La viuda verdadera y desolada, tiene puesta su esperanza en el Señor y persevera en la oración noche y día"* (108). Y cuando el Señor nos exhortó a orar siempre y a no desfallecer, recordó a aquella viuda que rogando asiduamente convirtió a aquel juez malvado e impío que despreciaba a Dios y a los hombres, para que atendiera su causa (109).

Por todo esto puede entenderse de qué manera tienen que ocuparse las viudas de la oración, mucho más que los otros, ya que el ejemplo de las viudas se propone como un estímulo para que todos asuman el deber de la oración.

30. TODOS SOMOS "VIUDAS" DE CRISTO

Pero, ¿qué es lo que se eligió en este género de obras en las viudas si no es su desamparo y su desolación? Por eso, toda alma que en este mundo entiende que está desamparada y desolada mientras peregrina lejos del Señor, con

(107) Lc 2, 37

(108) 1 Tim 5, 5

(109) cf. Lc 18, 1-5

su perseverante y fervorosa súplica, recomiende su "viudez" a Dios que es su defensor.

Ruega entonces, como "viuda" de Cristo, porque todavía no gozas de su presencia y pides su auxilio. Y aunque seas muy rica, suplica como un pobre, ya que todavía no tienes las verdaderas riquezas del mundo futuro donde no tendrás temor por ningún daño. Aunque tengas hijos, nietos y una familia numerosa, como ya se ha dicho, ora como si estuvieras desolada, porque todas las cosas temporales son poco seguras, también las que para nuestro consuelo permanecen hasta el fin de esta vida.

Tú, en cambio, si buscas y te deleitas en las cosas que están arriba (110), estás deseando las cosas eternas y seguras; y mientras no las tengas, tienes que considerarte desolada, aunque tengas a salvo a todos los tuyos. Y si esto es así contigo, también lo es para tu piadosa nuera que sigue tu ejemplo, y también para las otras santas viudas y vírgenes que están bajo el cuidado de ustedes. Cuando más piadosamente se ocupan de las cosas de la casa, más insistentemente deben dedicarse ustedes a la oración, sin ocu-

parse de los negocios de la vida presente, a no ser de aquellos que exigen las causas caritativas.

31. RECOMENDACIONES FINALES

Acuérdense efectivamente y no sean negligentes en orar por nosotros. No queremos que nos honren por lo que con peligro representamos, de tal modo que nos quiten el auxilio que reconocemos como necesario. La familia de Cristo rogó por Pedro (111) y por Pablo (112). Nos alegramos de que ustedes pertenezcan a esa familia, y nosotros necesitamos de los auxilios de la oración fraterna de una manera incomparablemente mayor que Pedro y que Pablo. Oren rivalizando en una solidaria y santa competencia. No pelean unos contra otros, sino contra el diablo que es el enemigo de todos los santos.

La oración recibe ayuda especialmente del ayuno, de las vigiliass y de la mortificación corporal (113). Que cada una de ustedes haga lo que puede: lo que una no puede hacer, lo hace por medio de la que puede, si en realidad ama en la otra lo que ella no hace porque no puede. Por

(111) cf. Hech 12, 5

(112) cf. Hech 13, 3

(113) cf. Tob 12, 8